

La amistad entre padres e hijos

Por Michael Pakaluk

Traducido por José Merediz

El significado de la procreación humana.

Existe una antigua idea que se remonta por lo menos a Platón y Aristóteles, pero que bien podría tener su origen en los sistemas religiosos anteriores a ellos, que indica que la razón por la que los seres vivos procrean –no sólo los seres humanos sino cualquier animal- es la de *participar en la inmortalidad*. Nadie es eterno: vivimos unas pocas docenas de años y morimos. Pero en la naturaleza de todos los vivientes está el querer continuar con vida. La vida en sí no acepta límites, y reconoce y se regocija en su propio bienestar. Aún más, no ve razón inherente para que tal bienestar tenga que terminar. La vida se desborda y es optimista y joven por naturaleza. Todo ser vivo, en la medida en que es consciente de ello, considera la muerte como algo arbitrario o absurdo. Fundamentalmente, *la muerte no debiera existir*.

¿Cómo pues resuelve el ser vivo este problema planteado por su propia existencia –el problema de que desea que su vida no tenga límite cuando es necesariamente finita? De acuerdo con los antiguos filósofos, la solución está en la procreación. Lo que el animal no puede lograr individualmente, espera alcanzarlo en grupo, con la ayuda de los otros miembros de su especie. A pesar de que ningún animal puede vivir individualmente para siempre, el conjunto de animales de cualquier especie sin duda sigue viviendo.

En este sentido, la procreación admite una profunda interpretación. Procrear no es copular solamente por un impulso animal. Más bien es el consentimiento a una actividad que, en su más fundamental intención, va más allá del ámbito del propósito deliberado de cualquier animal. Tener descendencia es ingresar en una historia más vasta, en la que uno hace el necesario papel de imitar al Ser Divino, en la limitada medida en la que uno puede hacer tal cosa.

También en este mismo sentido antiguo, la procreación es un “estereotipo” que representa y expone, de manera particularmente clara, aquello que es característico de toda actividad humana. Como lo afirma Diotima en el *Simposio* de Platón, todas las actividades humanas son formas variadas de procreación porque toda actividad implica una forma de crear o de imponer en el mundo un efecto que exprese lo que somos o lo que pensamos. Cuando hacemos o creamos

algo estamos procreando en la medida en que reproducimos nuestros propósitos y nuestra personalidad. Esto se ve claro en el caso de los autores u otros creadores artísticos quienes, como Platón lo hace notar, aman sus libros y obras de arte con la misma intensidad y el mismo afecto que muestran los padres por sus hijos. Pero hasta el más humilde trabajador se reproduce a sí mismo en tanto que reproduce su particular entendimiento de su oficio y su concepción de lo que es bueno en el mismo.

Observemos que, en este sentido de procreación, sería erróneo contraponer "tener hijos" con "hacer nuestro trabajo", como solemos hacer. Fundamentalmente, tanto la vida familiar como el trabajo tienen el mismo objetivo; sin embargo, es en la vida familiar donde se puede alcanzar con más éxito. ¿Por qué? Porque es en ese ámbito donde es posible "imponer un efecto al mundo", lo que difícilmente se logra a través de la expresión parcial de uno mismo. Si los hijos son criados y educados correctamente por padres inteligentes y bondadosos, entonces los hijos son por ellos mismos una completa expresión de las vidas de los padres. La procreación humana no es meramente la reproducción de la vida biológica, sino más bien aspira a replicar el alma, la mente y el corazón además del cuerpo. Se trata de amar por completo a una nueva persona que surge de amar por completo a una persona complementaria. Por lo tanto, el tener hijos y criarlos bien (en este sentido antiguo) es la manera en que mejor podemos participar de lo Divino.

Este sentido antiguo y pagano se transforma en la tradición judeo-cristiana que sostiene que los seres humanos somos hijos de Dios pues fuimos hechos a Su imagen y que nuestros hijos no son meramente animales, pues están orientados individualmente hacia la inmortalidad. "Hagamos al hombre a nuestra imagen... y creó Dios al hombre a imagen suya... y los creo varón y mujer". Por lo tanto, los seres humanos en su capacidad de procrear son un reflejo de Dios. "Creced y multiplicaos". Teniendo hijos y educándolos y adiestrándolos recta y honradamente es como llegamos a parecernos a "Nuestro Padre que está en el cielo". Por lo que toca a nuestros hijos, ellos viven para siempre, porque cada uno tiene un alma inmortal. Sólo por la procreación damos lugar a un efecto que es eterno. "Nunca he conocido a simples mortales", bromeaba una vez C. S. Lewis y, de manera similar, con esta visión del mundo, ningún padre trae al mundo a niños mortales. Tener un hijo no es, como algunos piensan, un compromiso de cuidar y responsabilizarse por otro ser humano durante unos 18 años, más bien se trata de una relación que nunca termina.

Para nuestros propósitos, no es importante si adoptamos el punto de vista griego, el judeo-cristiano o una síntesis de ambos. Lo que importa es ver que la procreación humana requiere algún tipo de interpretación filosófica e, inevitablemente, se la damos. Tratar de negar esto y decir "tan sólo somos como los animales" es ya la imposición de una interpretación, puesto que, seguramente, los animales no necesitan insistir en que ellos son tan sólo como animales. (De hecho, nuestra mitología de la procreación se deriva de los Tribunales y sus presunciones de "autonomía" y "libertad para elegir", de acuerdo con las cuales la procreación no es más que la expresión de la voluntad de una persona autónoma.) En *Ana Karenina* de Tolstoi, el personaje Levin presencia el nacimiento de su primer hijo poco tiempo después de la muerte de su hermano y une las dos experiencias, pues ve, correctamente, que tanto el nacimiento como la muerte son misterios que requieren algún tipo de explicación. Si vamos a vivir vidas distintivamente humanas, entonces debemos tener algo que contar acerca de lo que hacemos en el momento en el que tenemos hijos.

Una explicación del significado de la procreación es esencial para la cuestión de la amistad con nuestros hijos, puesto que no podemos tener como objetivo el desarrollo de la amistad con ellos si no entendemos, en primer lugar, el porqué salieron de nosotros. Si ellos son tan sólo la consecuencia de un instinto animal, más bien debiéramos abortarlos, abandonarlos o dejarles su crianza a sus propios compañeros o dejar que los dirija la cultura de la televisión ¿Y por qué tendríamos que relacionarnos con ellos? ¿Por qué esperar tener una amistad, por ejemplo, con un subproducto de alguna fuerza animal compulsiva? Pero si tenemos una explicación que nos indica que, en cierto sentido, un hijo está llamado a ser nuestro "otro yo", entonces aparece de inmediato la base para la amistad, pues un amigo es nuestro otro yo.

El regalo del yo en la procreación

Podemos adentrarnos en estos asuntos al forzar la pregunta de si es o no repugnante sugerir que la procreación es una especie de propagación de uno mismo. ¿No es cierto que tal idea reduce la procreación a una actividad esencialmente egoísta? ¿No es evidentemente erróneo que los padres traten de que sus hijos salgan exactamente como ellos? Si un padre insiste en que su hijo se vuelva como él, entonces aparentemente trata de que el valor de su hijo dependa de su relación con él. ¿Qué podría ser más vano y egoísta

que un padre que tiene como propósito la producción de pequeñas réplicas de sí mismo?

La objeción se basa en una confusión. Hay dos formas en que dos personas se vuelven la una como la otra o, por llamarlo de otra forma, se *asimilan* mutuamente. Llamemos a estas formas "asimilación por restricción" y "asimilación dada". La primera es típicamente mala en tanto que la segunda es buena si se cumple correctamente. En la asimilación por restricción, una persona se erige como la medida o el parámetro a seguir por los demás. Por ejemplo, el jefe de una pandilla impone que todos los miembros se vistan como él y adopten sus gestos. Él se considera el parámetro y todos los demás se ven restringidos a ser como él. El jefe no hace nada para efectuar la asimilación, sino que pasa esa carga a los otros.

Por otra parte, en la asimilación dada una persona se entrega a la otra y, como una consecuencia inevitable, ésta llega a parecerse a la primera. Por ejemplo, un buen profesor imparte conocimientos de su materia sacrificándose de tal manera que su alumno llega a pensar y a actuar, en lo tocante a la materia, en la misma manera que su profesor. Esto sucede muy claramente con los instructores de música y deportes. La intención del instructor es impartir al estudiante la maestría en algún campo, lo que es característico del profesor. En la asimilación dada, el profesor no es la norma, excepto por accidente, porque la materia, la música o el deporte proveen la norma. El profesor es imitado en tanto que cumple con esas normas. Aún más, la carga la lleva el profesor: él corrige, dirige y enseña.

En la asimilación por restricción, la pregunta es: ¿cómo habrían sido los seguidores si no hubieran sido forzados a ajustarse al líder? Por ejemplo, los integrantes de la pandilla se habrían vestido de otra manera de no haber sido obligados a vestirse como el jefe. En cambio, en la asimilación dada no existe la pregunta de cómo habría sido alguien, pues el don en sí mismo constituye la personalidad y el carácter de la persona que lo recibe. ¿Fue Tiger Woods restringido por su padre por enseñarlo a jugar golf desde una edad temprana? No, porque no existe la pregunta sobre qué habría sido Tiger Woods en caso contrario. De manera similar, los niños reciben muy pronto el don de la constitución biológica de sus padres. Tienen un cierto parecido y ciertas disposiciones por ser hijos de ciertos padres. Esto es un don más bien que una restricción, pues no habrían sido de otra forma.

La procreación, es decir la reproducción biológica y también la procreación mental y ética (también conocida como “educación”) que sigue a la reproducción biológica, si se hace apropiadamente, es un ejemplo de asimilación dada y, por lo tanto, no es objetable.

También podríamos distinguir las dos clases de asimilación de la siguiente manera: la asimilación por restricción termina con el parecido con el líder y, en esencia, es estéril. El meollo de la imitación al jefe pandillero es ser como él, sin ninguna otra consecuencia. En contraste, la asimilación dada lleva naturalmente al destinatario a hacer él mismo un regalo. Los buenos estudiantes se convierten a su vez en profesores: el círculo del conocimiento se ensancha y envuelve a más y más personas.

De ahí que sea correcto decir que el propósito de la procreación sea el de criar a los hijos hasta que ellos mismos puedan criar a sus propios hijos. “Que veas a los hijos de tus hijos” es, no sin razón, la bendición natural para la prosperidad terrena. La madurez completa en cualquier ser vivo se alcanza solamente cuando se es capaz de reproducir a otro miembro de la misma especie. Por lo tanto, la reproducción completa, el llevar a otro a su madurez, es criar a un hijo al punto en que él mismo se convierta en padre o madre.

Paternalidad y maternidad son esenciales para la madurez. Ningún hombre es maduro si, en algún sentido, no es un padre; ninguna mujer ha vivido una vida completa si no es, en algún sentido, una madre. No se trata sólo de relaciones biológicas y, sin duda, la forma más humana de la paternidad es ética y espiritual, más bien que biológica. “No llamen a nadie ‘padre’ en la tierra” porque la verdadera paternidad no es terrena.

Y ahora nos enfrentamos al objetivo de criar hijos, que constituye la única base sólida para la amistad entre padres e hijos. El padre debe educar al hijo sin perder de vista el fruto final de sus esfuerzos. Toda educación comienza con el final. En todo su trato con el hijo, el padre debe preguntarse “¿es ésta la mejor conducta para que mi hijo (o hija) se convierta en padre (o madre) admirable?” y, sólo después de haberse hecho esta consideración, pasará a la acción. El propósito de criar hijos no es el de producir solamente consumidores, ni gente apta a satisfacer sus deseos, ni trabajadores efectivos. El objetivo es criar a “mi otro yo”, que también será un buen padre o madre. ¿Un círculo en vano, me dirán? No, es el verdadero significado de la vida: generación tras generación unidas por el don de la vida. Dar la vida por otro que, a su vez, dará su vida por otro más

es la verdadera felicidad humana y esta felicidad es el núcleo de la amistad entre padres e hijos.

Toda amistad involucra reciprocidad y nótese cómo la da el hijo a sus padres por su amor: no tanto como retribución (este amor no puede ser pagado, pero el hijo honra a sus padres y los mantendrá, en lo posible, durante su vejez), sino más bien dándola a su vez a sus propios hijos. Cada vez que un padre joven hace un sacrificio por su hijo, agradece a sus padres por los sacrificios similares que ellos hicieron por él.

Criar un hijo para que sea nuestro mejor amigo.

Estas reflexiones nos conducen a cómo precisamente debemos criar a los hijos para poder ser sus amigos. Ahora entendemos algo de la naturaleza de tal amistad, pero ¿cómo debemos fomentarla y mantenerla efectivamente? Ya dijimos que los padres deben educar a sus hijos teniendo en mente el fin apropiado: una vida adulta confiada. Casi todo lo demás sigue de esta sana intención, pero algunas sugerencias prácticas podrían ser útiles.

Primero. Los padres deben tener cuidado en observar la línea entre niñez y adolescencia. Los niños chicos son como “partes” de los padres, más que individuos. Fácilmente y naturalmente siguen las decisiones de los padres, algunos de los cuales, particularmente los papás, piensan que la familia siempre será así: una cómoda y simple extensión de ellos mismos. A ellos los toma por sorpresa encontrar que sus hijos adolescentes se rebelan contra esta especie de confinamiento. El remedio es simple: tengamos en mente, como ya dijimos, el objetivo de criar hijos. No se trata de conservar para siempre la satisfacción infantil o la armoniosa escena en la que los hijos felizmente adoran a sus padres. Más bien se trata de criar adultos maduros y llenos de confianza. Así que en cuanto los hijos llegan a la adolescencia, los padres deben asegurarse de tratarlos como personas que pronto dejarán el hogar y formarán sus propias familias.

Segundo. Puesto que la amistad que tiene el papá con su hijo es diferente a la que tiene con su hija, y, similarmente, la amistad de la mamá con la hija es diferente a la que tiene con su hijo, los padres deben cuidar que la amistad entre ellos sea buena y vista como buena por los hijos. La conducta del esposo hacia la esposa sirve como patrón a través del cual los hijos se ven a sí mismos. El hijo piensa que él también se relaciona de manera similar con las mujeres y la hija

se considera como una persona que merece una atención similar. Por lo tanto, el padre se hace amigo de su hijo por imitación directa y se hace amigo de su hija en una relación similar al noviazgo. Pero lo que es crucial es que la relación entre los esposos sea buena, por lo que la pareja necesita cuidarla y atenderla por medio de retiros para matrimonios o algo similar.

Tercero. Por la lógica de la "asimilación dada", los padres deben generalmente poner a los hijos sólo los límites acordes con un objetivo normal. Así como el maestro requiere que se le imite no más allá de la medida de su disciplina, el padre debiera fijar, como obligatoria, la obediencia sólo en asuntos de moral. Es tan dañino para los hijos prohibirles lo que es lícito como permitirles lo que está prohibido. El primer impulso del padre debiera ser el "sí" para permitir todo lo que no necesita prohibirse, en lugar del "no" para permitir sólo aquello que es enteramente seguro.

Cuarto. Los padres deben tener cuidado de que sus hijos hagan amistad con niños que no van a deshacer lo logrado por ellos. De vital importancia es la confianza. El niño debe confiar en que sus padres, al pedirle algo, lo hacen por su propio bien. Pero el mundo está lleno de sospecha, hostilidad y desconfianza. Para muchos niños, que su papá o su mamá les pidan algo es *ipso facto* razón para no hacerlo; lo consideran como esclavizarse a la voluntad de otro o malinterpretan la obediencia como puerilidad, siendo que la verdadera madurez presupone el poder vivir bajo una autoridad apropiada. Por esto, los padres deben ser muy cuidadosos para que sus hijos hagan amistad solamente con niños que también han sido bien educados. La mejor manera de lograr esto es haciendo amistad con otros padres que sean dignos de admiración; de esta manera, lograrán que sus propios hijos se reúnan con los de los otros por su propia cuenta. La atractiva y dulce fuerza de la amistad confirmará en la virtud a sus hijos.

Quinto y último. Los padres deben atraer las mentes de sus niños. Difícilmente podrán hacerse amigos si no pueden compartir juntos sus pensamientos. En el curso de los años, los padres deben tratar de hacer más *intelectual* su relación con sus hijos. Esto pueden lograrlo al principio leyéndoles y, posteriormente, instruyéndolos sistemáticamente en temas que conozcan (sí, la antigua práctica por la que un padre pasa a sus hijos su profesión u oficio debiera preservarse ahora de alguna manera) y, a lo largo de toda la niñez, fomentar la buena conversación, especialmente durante las comidas. La cena familiar es quizá el mejor vehículo para la amistad entre padres e hijos. Hay que cenar juntos todos los días y que todos participen, a

menos que lo impida alguna seria obligación conflictiva. El padre, como el encargado por la naturaleza del cuidado principal de la educación de los hijos, debiera tener cuidado en proponer temas de interés para que los discuta la familia. Él debiera enseñar, principalmente por medio del ejemplo, pero también por dirección explícita, de ser necesario, los hábitos de urbanidad, cortesía y la expresión correcta, que son la verdadera materia de la amistad intelectual que él y su esposa desean fomentar en sus hijos. Al compartir la mesa, la familia expresa su unidad biológica y crece como una sociedad de vida y amor al compartir la buena conversación, si hay verdadera libertad y consideraciones por los demás, por su propio bien.